

“EL INGENIO EN EL PASADO”

Por: Gabriel Bustamante P.

*A Aída Luz quien es
del universo de los soñadores*

Evaluar significa revisar el pasado, para detectar algunos olvidos o errores que han conducido a que la educación sea lo que hoy es y lo que representa.

Afirman los violentólogos y los politólogos: “Que somos un pueblo de una memoria colectiva endeble”, pero no porque se tenga la facultad del olvido, sino porque olvidamos demasiado rápido.

Alguien, citaba alguna vez a Maquiavelo para decirnos “que se debía analizar no por las representaciones, sino por lo que realmente se era”, pero en un intento por ser justos, hay que reconocer que los hechos son la representación de lo que en últimas es una conceptualización que orienta y dirige un proceso.

Jesús Martín Barbero nos dice en uno de sus textos, que: “Hacer historia de los procesos implica hacer historia de las categorías en que los analizamos y de las palabras con que los nombramos. Lenta pero irreversiblemente hemos ido aprendiendo que el discurso no es un mero instrumento pasivo en la construcción del sentido que toman los procesos sociales, las estructuras económicas o los conflictos políticos. Y que hay conceptos cargados en tal modo de opacidad y ambigüedad que sólo su puesta en historia puede permitirnos saber de qué estamos hablando mas allá de lo que creemos estar diciendo”¹.

Y es sobre este presupuesto mediante el cual se debe mirar hacia atrás porque no se nos puede olvidar que la universidad está llena de hechos aparentemente desligados de algún marco filosófico-conceptual.

La inquietud a estas alturas, es saber, cuál ha sido la concepción de universidad, de facultad, de docencia e investigación sobre la que se ha girado, para saber hasta qué punto se han agotado sus pretensiones y si es o no deseable seguir en ellas.

No es sorprendente encontrar la enorme dificultad que plantea descubrir un discurso que sustente los rumbos por los que se ha transitado y por eso sorprende menos aún observar la pobreza de los resultados obtenidos en cuanto a la formación de los recursos humanos que la sociedad requiere con urgencia. Así las cosas hay que recurrir a la interpretación de la realidad para establecer los lazos conectivos que tienen la educación, la docencia y la investigación.

La educación tiene como misión la de transmitir e incrementar los conocimientos desarrollados por una comunidad y generar una conducta que conduzca a la preservación o dinamización de la organización social. Esta labor es posible de lograr a través de una serie de instituciones entre las cuales se encuentra la universidad, y dentro de ella el pilar principal de esta función lo constituye su profesorado.

La docencia se ha centrado, sólo en el segundo aspecto de la misión educativa: Generar unas conductas.

El educando, la persona que es objeto de esta misión, reproduce bajo este esquema, la conducta del educador, cuyo sentido de la universidad es más el del aspecto gremialista, que el de defender la función conductora de la misma, evitando de esta forma situarse en una perspectiva de anticipación que lo conduzca a convertirse en agente de

cambio progresista. Así las cosas, la universidad por su carácter institucional, tiende más a ser expresión del sistema en el cual está inmersa, que a producir alteraciones en el mismo.

Modificar conductas, significa dentro de nuestro proceso, hacerlo por repetición. Dice Michel Serres en un artículo sobre las drogas que toda conducta que raya en la repetición, so pena de dolor, es una droga², y es ello precisamente lo que se ha logrado: Un estudiante drogado, una universidad drogada, un estudiante adocenado.

La escala de premios y castigos, opera aquí en lo que se refiere a éstos último: El control desde la llamada a lista, posibilita que el estudiante que no cree que se le están transmitiendo unos conocimientos, permanezca contra su voluntad asimilando la disciplina que la autoridad le impone, so pena de perder la materia por inasistencia, no por falta de conocimiento; vaya contra sentido para una universidad que pretende investigar. Este proceso conduce, a mi juicio, hacia una concepción de universidad que reproduce una mentalidad, sino mucho más vieja, la del siglo XIX y aspiramos a pasar al siglo XXI con ella. El que la universidad se haya quedado reproduciendo esta función, es el resultado normal de las condiciones sociales del país, ya que cualquier aproximación a la verdad, a la crítica, permite una posición política no siempre de acuerdo con el orden social establecido. Esta actitud paranoica se ha enquistado en la mayoría del profesorado, el cual ha obtenido una posición económica, cumpliendo a cabalidad con el papel de control de las conciencias de los estudiantes. Exceptúo de esto a un sector del profesorado; yo sé que lo hay en la facultad y cuyo único pecado ha sido el de acogerse a la disciplina del silencio para no obstaculizar las pretensiones de otros, que en cambio hablan de tolerancia, pero que no admiten la oportunidad que debe tener el otro para demostrar su razón.

Una universidad así dista mucho de ser un centro de alta cultura, abierta a las diversas corrientes

del pensamiento, propicia a todas las ideologías y posiciones, laboratorio de amplio y libre análisis para el enjuiciamiento de ideas y de conductas, expresión del espíritu racional y crítico sin el cual no puede haber vía válida para la búsqueda del conocimiento. Se parece más bien a los monasterios medievales que se establecieron como resguardo del saber clásico. En un lugar remoto, fuertemente amurallado, donde los iniciados tienen un contacto dosificado con el conocimiento. Es privilegio de unos cuantos jerarcas al acceso a los recónditos laberintos del saber. El control de ese conocimiento era la base de su poder. En ellos, al desaparecer la amenaza de invasión, se convierten en corporaciones civiles del saber heredando el esquema claustal, que las hace autoconcebirse como sagrarios del conocimiento, al que se brindará acceso selectivo mediante un nuevo instrumento de control: La acreditación profesional. Los aceptados, una vez cubiertas las pruebas y rituales, son investidos de la facultad de ejercer”³.

En consecuencia, las universidades han centrado todos sus esfuerzos en sostener un ordenamiento, en el que casi la totalidad de ellas cargan con el peso administrativo de la burocracia, la estructura vertical, la jerarquización, la concentración de la información y las decisiones. Todo ello a costa de estudiantes alejados de la crítica, de la imaginación, de la autonomía, de la autogestión; profundamente influidos por una visión puritana que intenta alejarlos de los vicios y los males que, una conducta paranoide presupone, tiene el mundo.

Para ello se recurre a una educación masificadora frustrando de esta forma cualquier pretensión de diferencia y cuyo único objetivo es el de crear individuos con intenciones económicas únicamente. Es la repetición de la actitud propia de los administradores y de los economistas del conocimiento, que pretenden salir de la pobreza material en la que se encuentra la universidad sin abandonar la pobreza conceptual que manejan.

Dicha pobreza conceptual se maneja o por desconocimiento, ya que lo que se hereda a ciegas se reproduce de igual manera, o por intención.

Sería desconcertante llegar a advertir esto último, pero en definitiva, la conclusión es que el mundo queda tal cual, evita que la realidad cambie, se transforme. Es irónico, pero hay que admitirlo, las administraciones sobre todo en ingeniería le han tenido miedo a la transformación.

Los pueblos más prósperos del mundo, no lo han sido en cuanto a la tecnología únicamente, también esa prosperidad se hace evidente en las artes, la filosofía, el derecho. Es más, pienso que ha sido en la libertad que ofrece un ambiente para la reflexión, para la imaginación, lo que conduce a realizaciones tecnológicas. Pero ha sido exactamente este el punto que se ha inhibido con la educación desde mentalidades del pasado. No se vislumbra solución aparente del problema para responder a interrogantes sobre, cómo ser amplios, cómo ser científicos, cómo ser creativos en una universidad donde todo ello podría conllevar a un estudiante-buscador de la libertad, buscador de la justicia, buscador de los procesos políticos, asimilador de los procesos sociales, crítico de ellos mismos, -a ser cuestionador de los poderes que, repito, enquistados en viejas concepciones, se ha ejercido y han impedido alternativas distintas.-Al igual que los médicos victorianos al hablar de sexualidad, en la facultad, se cree estar abriendo la caja de pandora si se asumen opciones de formación para la libertad. Si no hay cambio de actitud desde la administración de la facultad, inexorablemente ya se puede conocer cuál será el resultado: Seguiremos siendo la universidad Cartón en Colombia porque se reparten títulos a diestro y siniestro como demostración de la productividad, en función de la cual se enfrentan siempre los paros (con extraños y endeble análisis) pero que en esencia, lo que se quiere es seguir viviendo de la imagen.

Afirma Jean Baudrillard que: “No buscaremos el cambio ni enfrentaremos lo fijo y lo móvil, buscaremos lo más móvil que lo móvil: La metamorfosis. No diferenciaremos lo verdadero de lo falso, buscaremos lo más falso que lo falso: La ilusión y la apariencia”⁴.

Para que la universidad siga manteniéndose como unidad económicamente productiva, dentro de una sociedad ávida de consumo, debe mantener la apariencia de pulcra, de eficiente. Para que un producto sea vendible debe comportar características atractivas a sus compradores: Tener más valor simbólico que real; debe dar prestigio. Pero ello lo conduce a las leyes de la moda: Es desechable.

En este simulacro, también se debe aparentar que se investiga. Sólo se puede ser docente, cuando se es investigador y el rito de la docencia ha consistido en simular un conocimiento, pasado a un tablero, lo que se encuentra limpio en un libro. Esto, empero, es producto de una mentalidad.

Citemos de nuevo a Martín Barbero: “Sobre la relación del pueblo a la educación -que es el modo ilustrado de pensar la cultura- se trata de la relación más “exterior” de las tres, pues sólo desde fuera puede la razón penetrar la inmediatez instintiva de la mentalidad popular. A la que nada ayuda, en este aspecto, la bondad o esas virtualidades naturales que sobreviven a la corrupción de las costumbres. La relación no podía ser sino vertical: Desde quienes poseen activamente el conocimiento hacia los que son ignorantes, esto es, vacíos, sólo pueden dejarse llenar pasivamente y de un conocimiento al que en última instancia siempre seguirán siendo extraños... Salvo en sus aspectos prácticos”⁵. Se simula además una ilustración que no se tiene, ya que a fuerza de repetir por tantos años lo mismo, se da la impresión de erudición. En ingeniería concretamente, creemos estar a la altura del conocimiento actual cuando se habla de avances

tecnológicos en los que se debería informar al estudiante, desconociendo, que la tecnología tiene ciclos de duración que la conducen a ser obsoleta rápidamente (características desechables).

Al proceder así, lo que se está produciendo es un profesional que será obsoleto dentro de cinco años. La tecnología no podría estar al margen de la discusión y mucho menos de las alternativas. Al profesor memoria, la tecnología se le ha convertido en subversiva; con el abaratamiento de la memoria artificial, éste pasa ser parte de la historia; la instrucción asistida por computador que desde hace tiempo se viene tratando de impulsar, también podría ser uno de esos procesos emancipadores, constructores de una universidad nueva. Los multimedia, las redes electrónicas y la interacción remota, son avances que se requieren con urgencia, pero ante todo se necesita una nueva disposición, otra mentalidad en la que se ha venido insistiendo. Por eso a la hora de tomar una decisión en relación con el derrotero de la facultad de ingeniería, yo invito a una reflexión profunda al respeto, porque de seguir en la continuidad de las ideas que han mostrado su inoperancia en el pasado, de antemano conoceremos la realidad futura: La misma de ahora y que irónicamente intentamos superar. Cabe recordar que hace poco la universidad perdió la posibilidad de transformar los estatutos, todo por una élite que pretende eternizarse en la dirección, al elegir a su antojo decanos y hasta rectores. El espectáculo de lo político.

No se puede seguir insistiendo en una “Educación con más propiedades adjetivas que sustantivas, asumiendo modelos pedagógicos escolarizados, basadas en la disciplina y ajenos a la experiencia del trabajo”⁶.

Acostumbrados a echarle la culpa de la fiebre a las cobijas, se ha puesto de moda la planeación

estratégica, la calidad total, la reingeniería, sin advertir que ellos son sólo operadores que aplicados a la concepción filosófica que ha acompañado el proceso educativo, sólo arrojarán como resultado el hacer mejor lo mismo que hasta ahora se ha hecho, con el agravante de que al introducir la tecnología en este proceso, lo que realmente se hace es tecnificar el error. Ya no será un individuo quien deshumanice al estudiante, sino un aparato.

La ciencia, que forma un sistema de conocimientos sobre el mundo que nos rodea es, como se sabe, un elemento esencial de la cultura; por tal razón, evita la penetración cultural que deforma nuestra conciencia de pueblo con la imitación servil de modelos extranjeros, lo cual no significa negar la universalidad de la cultura, sino reconocer que las diversas manifestaciones de ésta sólo son satisfactorias cuando se basan en nuestras propias condiciones.

Si queremos fortalecernos culturalmente, también tenemos que hacer ciencia y tecnología y eso requiere un profesional en ingeniería, creativo, filósofo, analista, imaginativo, autónomo, autogestionador, comprometido con los procesos sociales, crítico de la sociedad en que vive, analítico de ella misma para transformarla desde la tecnología, desde la creación de ciencia. Pero esto se logra cambiando la mentalidad, no con discursos demagógicos y alienantes, sino con la creación de un régimen autónomo que debe dirigirse a la preservación y amplio juego de la libertad como garantía para el ejercicio de las labores docentes y de investigación; porque sólo así se puede realizar un magisterio que sea un ejercicio responsable de la inteligencia, que no busca ninguna ventaja personal ni tampoco se deja sobornar por cualquier orden de interés externo.

Termino convocando a F. Pessoa: “El mundo es de los que lo conquistan, no de los que sueñan aunque tengan razón”.

Para ampliar, remitirse a: Carrillo G., Francisco. “La universidad virtual: contexto y perspectivas”

Notas:

1. Martín, Barbero Jesús. De los Medios a las Mediciones: Comunicación, cultura y hegemonía de Gustavo Gilli, México 1987.
2. Serres, Michel. Drogas. Artículo traducido por Marta Pulido y Alfonso Palau. U. N. sede Medellín.

La cita dice:

“Entre nosotros algunos fuman opio o tabaco; otros trabajan incansablemente; aquellos beben alcohol; otros luchan por el poder, sedientos de ambición y de gloria” qué bien, es una descripción de nuestro entorno.

Más adelante continúa:

“Todas aquellas conductas que suponen la adquisición de un hábito rimado obligatoriamente en el tiempo con la repetición de un gesto estable o el retorno permanente de un objeto, so pena de dolores especiales, son conductas producidas bajo el efecto de narcóticos o tóxicos”.

3. Carrillo, Francisco. La Universidad Virtual: Contexto y Perspectivas.
4. Baudrillard, Jean. Las Estrategias Fatales, de Anagrama. España, 1985.
5. Martín, Barbero Jesús. Op. cit. pg. 19.
6. Carrillo, Francisco. Op. cit.